





los cachorros de
**MIGUEL
DE
CERVANTES**





BEATRIZ 27J

una novela de
Alfonso Santos Gargallo

 los cañorros

Diseño de la colección:
TATO SANTIAGO
MARÍA PÉREZ-AGUILERA

Editada por:
CRISTINA VELA DELFA

Fotografías:
LAURA CARRASCOSA VELA

Modelo de portada:
LAURA CALERO

Primera edición: junio 2016

© Alfonso Santos Gargallo, 2016

Derechos exclusivos de edición
en español reservados para todo
el mundo:
© EDITORIAL LOS CACHORROS
c/ Palencia 2, 7ºB
28.020 Madrid
www.loscachorros.net

ISBN: 978-84-945747-0-2
Depósito legal: M-20189-2016

Impreso en España
DiScript Preimpresión, S. L.
c/ Hierro 33, 1ª planta, puerta 4
28045 Madrid

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

BEATRIZ 27J



En memoria de Beatriz Gómez Elvira.



Primera Parte
BEATRIZ A.27J

¡Tarde te amé, belleza tan antigua
y tan nueva, tarde te amé!

SAN AGUSTÍN, *Confesiones, Libro VI*



[1]

[1.1]

El 27 de junio era viernes. Las nubes se habían instalado en Asturias durante cerca de tres meses sin que la más mínima gota de sol cayera sobre sus habitantes. Pero aquella mañana era tan luminosa que resultaba imposible pensar que se estuviera fraguando una crisis o una escena de amor frustrado. El día amaneció con una perfección súbita tras tantas semanas de contumaz lluvia. No era un día de cuchillos ni de cráneos desventrados, sino un día para vivirlo y no hacer nada más con él.

Producción había organizado una cena para despedir la temporada de Terapia de Grupo. El programa de ese día ya estaba escrito, y desde las últimas horas del día anterior, se había instaurado en la redacción un simulacro de vacaciones. Los actores andaban revoloteando como de costumbre, apuntalando su ego antes de saltar a la arena del plató. Al contrario que otros días, en los que sus entradas, salidas y ensayos a viva voz impedían cualquier conato de concentración, su presencia aquella tarde en la redacción, festiva y caprichosa, generaba en el resto una alegría de guaje el primer día de colegio. Durante un par de horas los

veríamos repasando el guión y sus intenciones, para después, ya delante del público, olvidarse de ellas e improvisar lo que les viniera en gana. Los guionistas entonces les maldeciríamos, *hijos de puta, tiran los chistes como si fuesen pedos*, y si no fuese porque se trataba del último Terapia de la temporada y estaba todo escrito, continuaríamos trabajando en el programa del día siguiente y haciendo caso omiso, porque ya tendríamos tiempo a la tarde, al abrigo de unas cervezas en Cimadevilla, de poner a cada uno en su sitio. Pasaríamos entonces un buen rato despotricando de los actores, recordando sus mejores actuaciones y riendo los improvisados exabruptos que nos hicieron pasar tan mal rato. Hablaríamos de ellos como si se tratara de nuestros propios hijos, pues, en el fondo, los guionistas y los actores pertenecíamos a una gran, deforme y desestructurada familia. Nosotros, como buenos, intransigentes y torpes padres, les dibujábamos cada día un mapa y un trayecto, *ahora dices esto, ahora lo otro, ahora te vas hacia él y le echas el agua por la cabeza*, y cuando se encendía el piloto rojo de la grabación, entraban ellos solos en el escenario, como en la vida lo hacen los hijos, haciéndose responsables de todo lo que dijeran e hiciesen, ya fuese la letra de un guionista o el impulso de su inspiración. Esa noche, durante la cena, hablaríamos de ellos con admiración o severidad, como lo haríamos de Wes Anderson, Peter Sellers o Chiquito, discutiríamos qué versión de *The Office* es superior, reiríamos con Benny Hill, el latín apócrifo de los Monty Python, y los últimos episodios de *How I met your mother*, y convertiríamos la conversación en un sketch perpetuo, extrayendo un gag de la situación más nimia, del comentario más inocuo, del objeto más insignificante, superando en cada réplica el chiste anterior como adolescentes exhibiendo abdominales. Compartiríamos nuestros proyectos, imaginaríamos nuevas historias, o recordaríamos antiguos relatos perfectos para un largometraje, reiríamos, lloraríamos, y ya completamente borrachos y roncós de hablar, de gritar y maldecir, nos iríamos a casa a dormir.

Habían sido tres meses en Terapia de Grupo, un late night de humor que despediríamos ese viernes hasta nuestro regreso en septiembre. La cena de la noche me excitaba especialmente, no sólo porque con ella empezaba el verano y las vacaciones, sino por ver qué ocurría con Elena. Desde que entré en la redacción y la vi por primera vez, me atraieron tanto lo que escribía como su culo. Con el tiempo y las cervezas en Cimadevilla, fui descubriendo que, aparte de nuestro trabajo, existía una parcela de nuestra memoria, sembrada de libros, series y películas, que la impregnaban del sentimiento inconfundible de la infancia compartida. Elena y yo no habíamos jugado juntos en los columpios del parque, ni recordábamos el mismo olor acre de la primera comunión, nuestras infancias habían sido extranjeras, la suya en Gijón, la mía en Madrid, y sin embargo, cada vez que recordábamos a Sterling Hayden diciéndole a Joan Crawford *miénteme, dime que me has estado esperando todos estos años*, o a Gregory Peck y Jennifer Jones exhaustos y derrotados bajo el sol, sentía que había visto esas películas con ella y que con ella las volvería a ver en el futuro.

Un viernes en Cimadevilla, Bonanza —el Productor Ejecutivo de Terapia— empezó a decir que muchas de las películas de Hitchcock habían envejecido muy mal, y que a su cine no le había beneficiado recluirse en la seguridad de los estudios. *Hoy ves las transparencias de Rebeca o las pesadillas de Scottie en Vertigo y dan vergüenza ajena*. Entonces, como si un mecanismo oculto se hubiera activado en nuestro cerebro, Elena y yo saltamos de nuestros asientos y dijimos *ah, eso sí que no*. Lo inesperado de la sincronía y la llegada del camarero a nuestra mesa, *¿desean alguna cosita más?*, nos hizo callar y darnos cuenta de que íbamos por la cuarta y de que habría una quinta, *sí, otra ronda, cuatro cervezas y a ellos dos póngales un par de Mcguffins*. Todos rieron el chiste de Bonanza, mientras Elena y yo nos miramos, *con lo buena que es*, y empezamos a recordar *Vertigo* escena por escena, y con cada escena que

visitábamos, vestidos con el jersey verde de James Stewart y el traje gris de Kim Novak, sentíamos el placer lírico e inescrutable de volver a descubrir el misterio de la vida. Los dos comprendíamos que la historia de Scottie y de Madeleine era la historia misma del hombre, del hombre que se enamora de una imagen del Mundo para salvarse del tedio, y que por alcanzarla, camina y ama y hace y se deshace, y que la tragedia de la vida era que esa imagen sólo podía adquirir cuerpo en el más allá de un cuadro o en el más allá de la muerte, nunca aquí, porque la felicidad sólo era posible en la memoria de lo imaginado.

Aunque sentía que Elena era mi alma gemela, también sabía que, con el tiempo, algunas almas gemelas se revelan hermanas de distinto padre, y que, incapaces de soportar semejante revelación, acaban sacándose los ojos. Elena apenas tenía veintiséis años, y yo sabía que a esa edad las almas aún necesitan adquirir el espesor necesario para acometer los sinsabores del día a día, para asumir sencillamente que en el amor no todo es hablar de *Vértigo*. No obstante, nunca deseché la idea de verificar la distancia que había entre mi fantasía y la realidad de su cuerpo. En esos tres meses, nunca dejamos de hablar de cine y de libros, nunca dejamos de intercambiarnos lo que escribíamos, y no dejé de comprarle, para regalárselo esa misma noche, el ensayo de Eugenio Trías sobre *Vértigo*.

El 27 de junio era viernes. Aún faltaban bastantes horas para la cena, pero la emoción del encuentro furtivo con Elena ya se había inoculado en mi caudal sanguíneo. La mañana se presentaba apacible y relajada. A las once me iría con los actores a Pola de Siero a grabar un Chigre. Hasta entonces, no tenía nada que hacer. Al llegar a la redacción, Elena no estaba en su sitio, pero su bolso y su cazadora de cuero descansaban sobre el respaldo de la silla. Tardé poco en verla en el sitio de Bonanza, rompiendo a reír junto al resto de compañeros con un sketch de Faemino y Cansado sobre el Fary. Sa-

ludé y me saludaron, *buenos días, señor*, y me dirigí a mi sitio, unos metros más allá, para dejar mi chaqueta y la cartera. Lo hice con premura, con la intención de incorporarme lo antes posible al grupo y ver algo del vídeo con el que se estaban desternillando, pero cuando ya estaba avanzando hacia el sitio de Bonanza, soltaron una carcajada estruendosa y definitiva, *¡qué bueno!*, y empezaron a disgregarse en dirección a sus respectivos sitios. Entonces me di la vuelta, como si hubiese olvidado algo, y caminé de nuevo hacia mi mesa.

En cada paso que di hacia mi sitio, sentí en mis oídos la caricia sonora de un cascabel, como si lo llevara atado con un cordel a las tripas y sonara cada vez que apoyaba el pie en el suelo. Me senté esperando inconscientemente que el cascabel dejara de sonar, pero el cascabel seguía sonando, cada vez más próximo, hasta que Elena llegó a mi sitio, *hola, ¿qué tal?*, y sentándose en el borde de la mesa, dio por terminado el concierto con una última percusión. Con la poca discreción que me permitía su presencia, me puse a buscar el cascabel por todo su cuerpo. Escruté sus brazos y sus piernas, bajé los ojos hasta sus tobillos, y recorrí todo lo que llevaba puesto, las All Star de calavera y rosas, sus vaqueros raídos, su piercing con forma de dado anclado en el ombligo, su camiseta blanca de tirantes, y en ningún lugar encontré la respuesta al hipnótico tintineo. Elena hizo caso omiso a mi inspección, e inició el diálogo: *Ayer me bajé Dos en la carretera*. Elena era una brujita, la linda hijita de un empresario de Somió, que había ido a los mejores colegios, *¿y eso?*, le dije, *¿te sorprende? Un poco. ¿Por qué? Porque no es tu estilo. ¿Y cuál es mi estilo, si se puede saber? El del cine coñazo-taiwanés. Bueno, es la película favorita de Bea, ¿no? ¿Y qué tiene que ver? Pues que si le gusta a tu novia tiene que estar bien, ¿no?*, una brujita que primero estudió psicología y después se dio cuenta de que era una artista. Que desde entonces se atavió como tal, se puso un piercing en la lengua y otro en el ombligo, se apuntó a clases de fotografía y dio un curso con

Bigas Luna, y tras un par de años recorriendo el sexo del continente sudamericano, su padre decidió hablar con un amigo de la infancia, vicepresidente de la Televisión del Principado, para que la pequeña, que se sabía al dedillo Jung, Castañeda y la esencia del Gestalt, aprendiera por fin lo dura que es la vida. *¿Va a venir Bea a la cena? No, no se encuentra muy bien, sigue con los mareos. ¿Se queda en Madrid entonces?* Y el amigo de la infancia, después de que la pequeña rechazara trabajar en Con 2 de azúcar, por magazine, por matinal, y por pretender captar a los viejales, parados y jubilados que Ana Rosa tenía abducidos, consiguió que la admitieran en el equipo de guionistas de Terapia. *Vaya, qué pobre... igual está embarazada.* Desde entonces, fue un torrente que no renunció a nada ni a nadie. Por eso, cuando surgía Beatriz en la conversación, me daba ternura verla en un familiar e incómodo silencio del que casi nunca sabía salir, y al que habíamos procurado acomodarnos como a unos zapatos demasiado duros, dando largos paseos para ahormarlos, sin conseguir otra cosa que aumentar el escozor de la herida. Beatriz no estaba embarazada, pero era mi novia, y el martes yo volvería a Madrid para pasar con ella el verano. *¿Quieres que la veamos juntos? ¿Cómo? Que si quieres ver Dos en la carretera. Sí, sí que quiero... lo que pasa es que no sé cuándo. Pues teniendo en cuenta que la semana que viene ya estarás por los Madriles, se me ocurre... ¿este finde? Sí, pero tengo que hacer la maleta, preparar la ropa... no sé si tendré tiempo. ¡Ay, el señor!, que tiene que plancharse los calzoncillos... ¿no te los puedes llevar arrugados?* El día anterior había terminado de planchar las últimas camisas, y había dejado limpios los estantes del salón y el armario de mi cuarto. Las maletas, a la espera de la bolsa de aseo, ya estaban preparadas para cerrar la cremallera. Inconscientemente, había dejado expedito el camino para que sólo Elena ocupara mi tiempo, y sin embargo, una parte de mi cabeza aún se resistía a su descarada invitación. *Té vienes mañana a comer a casa y luego vemos la peli por la tarde. Con la*

farra de esta noche, ¿pretendes que salga mañana de casa? Pues quédate a dormir en mi casa, mi compi se va con el novio y puedes quedarte en su cama. Quédate a dormir no era una proposición de nada, por eso lo preguntaba con esa ligereza adolescente, porque Elena estaba haciendo uso de la función fática (fática, fática, ática) del lenguaje, como una madre que pregunta a su niño si quiere que le arrope y le cante un cuento. *¿O quieres mejor que vaya a tu casa?... no, que luego tienes que cocinar y te enfadas, será mejor que vayamos a la mía, eso, te quedas a dormir, y mañana nos levantamos tranquilamente, comemos y vemos a la Audrey, tan estupenda ella, oye.* Nos entendíamos bien, y la conversación era un mero rodeo por el laberinto de palabras al que el oficio nos empujaba. Cocinaría ella, como las otras veces que había ido a su casa, mientras yo ponía la mesa y abría el vino. Veríamos *Dos en la carretera* y nos despediríamos en la puerta con ganas de no hacerlo. *Ay, ¡no sé por qué te vas!, la verdad, para pasar el verano en Madrid sin hacer nada, mejor estabas aquí, ahora que ha llegado el buen tiempo. ¿Lo dices por estos meses de sol, verdad? Incrédulo, que no tienes fe ni ná, aquí siempre hace buen tiempo.* Y con un gesto inequívoco me hacía entender que, a pesar de las nubes y la lluvia, donde ella estuviera siempre haría buen tiempo.

[1.2]

Entonces sonó el móvil. Aquel viernes Beatriz tampoco se encontraba bien. Por la mañana había vomitado su estómago, o los jugos que su estómago segregaba, nada en definitiva, porque aquel día tampoco había desayunado, y sin embargo, las náuseas habían estragado de nuevo su esófago como una garganta profunda. *Una mierda. (...) Me encuentro fatal, estoy como mareada, me duele la cabeza, la tripa, estoy harta de estar mal... vamos, lo de siempre.* Su madre la había

acercado hasta el trabajo, y allí estaba desde las ocho de la mañana, aguantando el tirón de su último día en Luz y Ferro. *No, no puedo irme... todavía tenemos un montón de trabajo, pero no soy capaz de hacer nada.* El lunes empezaría una nueva vida. Hibernia era un regalo divino, un trabajo de ocho a tres, bien pagado, y que le daría la posibilidad de trabajar desde casa. Pero aún surgía el miedo al fracaso, a que la vida nos volviera a engañar. *Y si me ingresan, ¿qué hago con el otro trabajo?... no puedo faltar el primer día, que todavía no he firmado el contrato.* Al oírla, me oía a mí mismo bajo el peso de la indecisión que me había hecho caminar siempre encorvado. *Beatriz, vete ahora mismo al hospital... el resto ya habrá tiempo de solucionarlo. ¿Y la fiesta de despedida? Ya tendrás tiempo... si te encuentras tan mal, simplemente vete al hospital y que te miren... no te va a pasar nada por ir, tampoco por no ir, lo podrías hacer mañana, pero no ganas nada con ello, sólo arrastrarte por las esquinas unas horas más. ¿Y qué hago? ¿me cojo un taxi?* Beatriz sentía que se iba de Luz y Ferro dejando a su jefa en la estacada, y que lo menos que podía hacer para compensar semejante traición era terminar el trabajo pendiente. Por eso me preguntaba, para oír lo que necesitaba escuchar y desprenderse así de la culpa. *Mejor que tu Madre vaya a recogerte.* Beatriz ya había tomado la decisión antes de llamarme, pero sólo cuando oí el silencio breve y angorino con que acompañaba todos sus arrebatos de valor, comprendí que finalmente dejaría el trabajo y se iría al Hospital. *Sí, voy a llamar a mi Madre... le voy a decir a Rosaura que no puedo más, que lo siento mucho, pero que me encuentro fatal... espero que lo entienda. Y si no lo entiende, que le jodan... no le debes nada a Luz y Ferro. Sí, tienes razón... gracias.* Comprendí enseguida que aquella llamada a las nueve y media de la mañana era también un grito de auxilio para que fuese a Madrid el fin de semana. Sin embargo, a pesar de la nitidez con que el llamamiento salía de Madrid, llegaba a mis oídos como un susurro extraviado entre cantos de sirena. La astenia

física y mental en que andaba sumida desde hacía meses había hecho más complicado un periodo que la distancia ya predisponía a la dificultad. *Venga, luego te llamo para ver cómo vas.* Todavía no la había engañado con Elena, pero la tentación de hacerlo era cada vez más fuerte. Beatriz me pedía que fuera a Madrid, *que te echo mucho de menos... que te quiero mucho,* pero yo esa noche tenía una cita con la vida y no me la quería perder. *Yo también... adiós.*

Faltaba media hora para las once y me fui a tomar un café con los editores. Andaban liados con las piezas del último programa, entre ellas, un episodio del Chigre. El Chigre era una serie cómica de tono costumbrista que se emitía como una sección más de Terapia. Los episodios, que no duraban más de cinco o seis minutos, desarrollaban en cuatro secuencias una trama protagonizada por unos personajes que pretendían ser arquetipos del universo asturiano. Al contrario que el resto del programa, el Chigre no lo rodábamos en plató, sino en un bar de Pola de Siero que se cerraba al público los viernes para que dispusiéramos de él. El último Chigre de la temporada se llamaba «Alzheimer», y lo había escrito yo.

Cuando Bonanza leyó el guión, me sonrió como si estuviera buscando algo en la cabeza. *Está muy bien... sólo hay un problema, que no queremos hacerle la competencia a Punset... si grabamos esto, el lunes podemos tener en la puerta a todos los enfermos de Alzheimer de Asturias... más que una productora vamos a parecer una clínica abortista.* Aunque le pareciera el peor Chigre de la Historia, en ningún momento me mandaría reescribirlo, por la sencilla razón de que no había tiempo para hacerlo. El Chigre se grabaría, y si alguien protestaba por encontrarlo ofensivo, él respondería: *El martes estaremos de vacaciones, y cuando volvamos en septiembre, seguro que ya no se acuerdan ni de lo que es un chigre.*

Cuando llegué a Pola, los actores ya estaban vestidos y maquillados, preparados para liquidar la última pijada per-

geñada por los guionistas. Era la segunda vez que iba a la grabación del Chigre, y no quería perturbar el ordo naturalis creado en las decenas de episodios previos. Era consciente de que no se sabían el texto, y de que morcilleaban como les venía en gana, alargando innecesariamente réplicas de cuya rapidez y concisión dependía el ritmo de la escena. Aun así, los actores tenían dominados a sus personajes, y cualquier comentario a su trabajo sería considerado una impertinencia. Saludé a todo el mundo y decidí no darles ninguna indicación, a no ser que fuese imprescindible. El de cámara gritó *motor*, el de sonido, *sonido*, y la primera secuencia comenzó. Petiso entró en cuadro, en el que ya esperaban Toño y Mon, el dueño del chigre. En su primera intervención, «ay Mon, corre, dame una botella», Petiso ya introdujo una pequeña variante, *Mon, dame una botella de vino, corriendo*, una modificación que, si bien no afectaba al sentido, sí que alteraba el matiz, trocando el apuro en mandato. La secuencia siguió avanzando bajo el gobierno de los actores, sin que yo dijera nada, a pesar de que las quince intervenciones de que constaba la escena llevaban camino de extenderse hasta los dos minutos. Llegó el momento en que Toño le insinuaba a Petiso que su mujer podía tener Alzheimer. «Eso va a ser el Alzheimer, que las deja que no saben ni quiénes son». *Petiso, eso va a ser Alzheimer, porque tu mujer se queda como si le hubieran metido el mango de una fesoría*. Entonces, *parad, parad*, decidí intervenir.

Alberto había introducido uno de esos chistes chuscos que yo pretendía evitar a toda costa, no porque los considerara de mal gusto o impropios del Chigre, sino porque quería demostrar que podíamos escribir y rodar un Chigre sin la necesidad de hacer referencia a objeto alguno que se introdujera por culo o vagina. Los actores se detuvieron y todo el mundo me miró expectante, como si fuese a anunciar la muerte de Fernando Alonso, y expliqué: *Alberto, ¿puedes ajustarte un poco más al texto?... es que si no, se pierde el chiste*. La expectación de

las miradas derivó en un halo de estupefacción. Alberto era la estrella del programa, un actor asturiano como la copa de un pino. *Perdona, perdona, que no lo he dicho como está en el guión, ¿no? No, no exactamente. ¿Alguien tiene un guión?* Le acerqué el mío para que leyera la parte que acababa de interpretar. Mientras repasaba mentalmente la escena, aproveché para atenuar la tensión que mi comentario había generado: *ya sé que no os da tiempo a aprenderos el guión, pero es importante que lo respetéis para que los chistes funcionen.* Alberto respondió: *tienes toda la razón, que no somos capaces ni de aprendernos cinco páginas, pero no te preocupes que vamos a bordar tu guión como se merece... vamos a ver,* e impostando la voz leyó: *Eso es el Alzheimer, que las deja que no saben ni quiénes son.* Le tendí la mano para que me devolviera el guión, pero Alberto ya se había vuelto a meter en la piel de Toño, y se deshizo de los folios tirándolos al suelo. Ensayó con Petiso lo que quedaba de escena. Cuando terminó, me miró y me preguntó: *¿así te gusta, o prefieres que lo haga más contenido?*, le dije que no, que así estaba bien, pero Alberto insistió: *como tú quieras, la hago como tú quieras, a ver si se va a perder algún chiste.* Volvió todo el mundo a posición, y grabamos de nuevo la escena desde el principio. Al llegar al punto donde nos detuvimos, Toño dijo: *eso va a ser el Alzheimer, que las deja que no saben ni quiénes son,* perfecto, Petiso replicó: *que no, Toñín, que no es el Alzheimer, que es la memoria,* y la escena se desarrolló hasta el final, *¿y cómo estás tan seguro de que no es Alzheimer, acaso has estudiado medicina? No, pero yo sé cuando mi mujer ha estado con otro hombre, y el Alzheimer ese no le ha tocado un pelo, me oyes, ni de cabeza ni de ñocla.* Y cuando a la escena sólo le quedaban las tres últimas líneas, Toño concluyó: *¿ni con el mango de una fesoría?* Y no hizo falta más para saber quién mandaba en ese chigre.

No volví a decir nada hasta que terminamos la grabación. Alberto de vez en cuando me preguntaba, *¿qué tal? ¿te ha gustado?*, pero yo ya no respondía nada, simplemente

veía cómo mi guión era transformado para despanzurrar su recia urdimbre en una basta retahíla de chistes lanzados a empellones.

Aunque en Terapia hacíamos humor por y para asturianos, yo era de Madrid. Me había mudado a Gijón exclusivamente por el programa, y desde el primer momento, mi objetivo fue descifrar ese críptico entramado de subvenciones, anarcosindicalismo y rencores fratricidas que configuraban el alma asturiana. Confieso que fracasé en mi empeño, y que en esos tres meses fui incapaz de comprender de qué se reían los asturianos. A pesar de que aproveché cualquier ocasión para integrarme y acabar sintiendo y pensando como ellos, siempre me sentí ajeno, lo que inevitablemente repercutió en mi trabajo. Sentía que el humor era una cosa tan íntima como la desnudez, y que la risa podía llegar a ser tan inextricable como la justicia. Hacer humor era un oficio, y como oficio se aprendía, pero la gracia... la gracia era algo divino. *Gratia divina quae pulchrificat sicut lux.*

Al regresar en el coche, me descubrí temblando, debilitado por una pelea en la que mi cuerpo se había expuesto al zurriago de Alberto, y todo el mundo había sido testigo de ello. Sentí la necesidad de refugiarme en la voz de alguien que me quisiera, y de camino a la redacción, llamé a Beatriz. *¿Cómo vas? Estamos ya en Urgencias... estoy con mi madre y mi padre. ¿Lleváis esperando mucho tiempo? No sé... sí, un rato. ¿Y os han dicho ya cuándo te van a ingresar? No... estamos esperando... bueno... adiós... luego te llamo.* Beatriz estaba como ida, aunque su estado no difería en exceso del que presentaba desde que me mudé a Gijón. Al escucharla sentí la necesidad de acompañarla, por lo que decidí coger un tren a primera hora del sábado. De esta forma no me perdería la cena de la noche, y a la mañana siguiente, podría estar con Beatriz sin necesidad de conducir los 500 kilómetros que había hasta Madrid.

[1.3]

Llegué a la redacción a las dos. A esa hora todo el mundo se había ido a comer. Antes de dirigirme a la cocina quise dejar comprado el billete. Me metí en la página de Renfe. Vi que aún quedaban cuatro plazas para el de las 7:35. Introduje mis datos, y al llegar a la pantalla de pago, recordé que tenía que introducir un código que Renfe me había enviado por correo electrónico para que me saliera más barato. Entré en mi correo personal en busca del código. Al abrirlo, descubrí que Elena me había enviado un correo esa misma mañana con el siguiente texto: «Estos son los paraísos asturianos que no te puedes perder». Aunque tenía hambre y quería cerrar el tema del billete cuanto antes, la curiosidad me hizo abrir el correo de Elena y posponer la búsqueda del código. El mensaje no contenía texto, sólo fotos que se iban descubriendo con parsimonia por la lentitud de la conexión. Una a una, apareció una serie de playas asturianas, de las que había oído hablar y que tenía en la lista de destinos para compartir con Beatriz. Pero a medida que surgían, como viejas Polaroids reveladas, comprendí que no se trataba de una simple guía turística, sino de todo un reportaje erótico de Elena. Si de las Salinas me enviaba un plano general de ella, en top less y con las manos ocultándose los pechos, de Arenal de Moris, donde el nudismo estaba permitido, no sólo pude confirmar que tenía los pezones de botón, sino también lo que muchos de mis compañeros barruntaban y aquellas que habían compartido vestuario con ella callaban, que el único vello que adornaba su pubis era una finísima columna perfectamente rasurada, y dirigida como una flecha hacia los labios vaginales. Haciendo uso de una proverbial astucia, Elena apareció en ese mismo instante por el final del pasillo. *Estamos en la cocina, ¿qué haces que no comes?* Con la erección que tenía, sólo se me ocurrió decir: *estoy acabando una cosa, ¿puedes esperar diez minutos? Diez minutos... mucho*

me parece a mí para alguien tan pequeño como tú. Y la respuesta, más que elocuente, fue suficiente para que Elena, con una pícaro sonrisa dibujada en sus labios, se diera la vuelta y se dirigiera a la cocina como una triunfal amazona.

Cuando la erección se apaciguó, me dirigí a la cocina, donde ya estaban todos sentados a la mesa. Metí el tupper en el microondas, fabada, y esperé un par de minutos a que se calentara. Sonó la campana del microondas y me puse a comer, mientras la conversación deambulaba excitada por los preámbulos de la noche. *¿Qué vamos a ir? ¿al Paddock? ¿porque les gusta a los jefes? Tía, está bien, a mí me mola cuando hay música en directo. Ya, pero a mí me da palo enchuzarme con Bonanza delante. Mira, para cuando no te puedas levantar, Bonanza ya se ha ido a hacer la fiesta a otro lado. ¿Y luego qué vamos a hacer? Pues lo de siempre. Vale, lo de siempre, pero nada de caminar mucho, que luego acabo con los pies destrozados. Pues yo siempre me llevo unas zapatillas en el bolso, y cuando no puedo más con el taconazo, pues me pongo las zapas. Superglamuroso, ya te digo, jajaja.* El tema me eximía de participar, y me concentré en establecer contacto visual con Elena, a la que busqué con la mirada durante toda la comida sin que de su actitud pudiera deducirse que quisiese hacerme el amor, por lo que decidí prudentemente concentrarme de nuevo en las fabes, a la espera de una nueva señal. *Ahora, te digo una cosa, no pienso terminar en el Otto, a eso me niego. Lo que pasa es que Iván y estos siempre quieren ir. Ya, cuando no se han comido un roscón en toda la noche, hay que ir ahí a ver si así follan, jajaja, pues me niego. A esas horas, sólo hay babosos. Oye, ¿y Nando? ¿Qué pasa con Nando? No sé, tú sabrás que eres la que te liaste con él el finde pasado. Tiene novia. ¿Y desde cuándo te importa? Mira, paso... no me apetece terminar la noche comiéndole la polla para que luego le llame y no me coja porque está con ella... me aburre ese rollo. Pero está bueno. Ya, ¿y qué? Entonces, ¿quedamos antes en Begoña para tomarnos unas sidras? ¿Sí o qué?* La fabada fue desapareciendo

del plato a medida que surgían los bares y los hombres en la conversación, como los boletus en el bosque. Cuando estaba a punto de terminar, Elena me preguntó: *¿quedamos allí directamente o vamos juntos? Si quieres, llámame al telefonillo cuando estés lista. Ay, qué coqueto es el niño, que quiere que las niñas vayan a buscarlo a casa.* Cuando salíamos, siempre iba yo a buscarla, porque casi siempre quedábamos en Cimadevilla, y a mí me pillaba de camino. En realidad, siempre iba a buscarla porque, desde pequeña, Elena estaba acostumbrada a que se hiciera lo que quería, y el hábito le había otorgado una suerte de autoridad vitalicia que le permitió preguntarme sin rubor alguno: *¿y si por una vez me vienes a buscar tú?*

Pero no pude responder. Por la puerta entraba Bonanza, y enseguida comprendí por la postura de su cuerpo que quería hablar conmigo. Sería la tercera vez que lo hiciese. La primera, en Madrid, fue a finales de marzo, y en ella me ofreció el puesto de guionista en Terapia de Grupo. La única cláusula que impuso fue que me comprometiera a permanecer seis meses en Gijón, condición que me dio la tranquilidad necesaria para acometer la mudanza. La segunda vez que me habló fue en Gijón, hacía tres semanas, para comunicarme que la Televisión del Principado había decidido retirar el programa durante el verano, y que se veía obligado a despedirme un par de meses, para luego volver a contratarme a principios de septiembre. La noticia me cayó como un caldero de aceite hirviendo. Había alquilado un piso, y tanto la idea de mudarme otras dos veces, una a Madrid para pasar el verano, y otra a Gijón en septiembre, como la de pagar en balde dos meses de alquiler, me resultaban inaceptables. Sin embargo, la capacidad de adaptación que había desarrollado durante tantos años me permitió, en apenas unas horas, asumir las nuevas circunstancias y comprender que el mundo de la televisión no era como el de Luz y Ferro. Acepté el par de meses de vacaciones forzadas, e inmediatamente comencé a ver el verano como un tiem-

po de oportunidades en el que podría hacer lo que deseara, con la certidumbre de que, a su conclusión, me estaría aguardando mi lugar en Gijón. Entre julio y agosto escribiría los cinco relatos que me andaban rondando desde que dejé Luz y Ferro, y corregiría los otros cinco que ya tenía escritos, con el objetivo de convertir el conjunto en mi primer libro, los *Cuentos de Luz y Ferro*. Bien pensado, aquellas inopinadas vacaciones me proporcionaban la tesitura de ánimo que necesitaba para sentarme a escribir.

La tercera escena con Bonanza repitió los patrones de las otras dos, *Andrés, ¿tienes un momento?*, yo que suelto la cuchara sobre el tupper grasiento, Bonanza que se da la vuelta y empieza a caminar en dirección al pasillo sin esperar a que me levante, su figura que desaparece por la puerta de la redacción, y yo que acelero el paso para evitar perderle. Yo que salgo al pasillo y no lo veo, lo que me intranquiliza más todavía, hasta que logro imaginar su salida al jardín. Bonanza que efectivamente se encuentra ya en el exterior, encendiendo un cigarrillo al que dará dos caladas mientras comunique la buena nueva, yo, apresurado y concentrado en no perder ripio de lo que me diga, que camino a su encuentro y salgo a la calle, Bonanza que se da la vuelta y empieza a hablar mientras pasea, y yo que me pierdo las primeras palabras y me engancha a las segundas, ... *en ti para Con 2 de azúcar*, que ha pensado en mí, eso es, que ha pensado en mí para *Con 2 de azúcar, así no tendremos que despedirte en el verano, ¿qué te parece?*, y yo que no pienso en la respuesta, que sólo pienso en salvar la situación sin que me mire, porque en todo este tiempo no me ha mirado ni una sola vez, y espero que no lo haga y me fulmine con sus ojos azul gay y su piel morena y esa forma que tiene de llevar las camisetas hasta el inicio del vaquero, que parece que se las hacen a medida, y digo *sí, perfecto*, a lo que responde, *¿estarás contento, no?... al final todo se soluciona, además en Con 2 el guión luce enseguida...*

Volví a la redacción, medio llena de nuevo, con los guionistas de regreso después de comer, a los que se habían unido también los actores a punto de salir para plató. Al verme, Alberto se abalanzó sobre mí, y alzando la voz para que se enterara todo el mundo, me dijo: *¿qué pasa, Kubrick?... vaya pedazo de Chigre que te ha quedado... ¿le has preguntado a Bonanza si te deja presentarlo a los Goya?* Todo el mundo escuchó el escarnio de Alberto. Algunos lo rieron y otros me miraron esperando de mí una respuesta a la altura. Pero sentí que Alberto era Godzilla y que si decía algo me iba a aplastar con su zarpa mutante. Mientras se diluía el silencio, volví a sentir la necesidad de escuchar la voz de alguien que me quisiera. Llamé a Beatriz, pero no respondió. Me senté en mi sitio y me dispuse a terminar de comprar el billete a Madrid para el día siguiente, pero ya no quedaban, los cuatro que había antes de comer habían desaparecido. Volví a llamar a Beatriz un par de veces, y con cada tono del teléfono, la sensación de vacío en el estómago se fue haciendo cada vez más insoportable. En un par de horas habría asumido que el martes no comenzaban mis vacaciones, en un par de horas habría aceptado el poder omnímodo de ese maricón para hacer y deshacer mi vida, para guiarla y confundirla y hacerme sentir que mi destino le pertenecía. En un par de horas habría comprendido que Terapia era un barco cuyo rumbo variaba constantemente y sin previo aviso, como los neones de un puticlub de carretera. Pero aún faltaban esas dos horas. Aún faltaban dos horas para que la imagen sublimada que tenía de la vida se amoldara de nuevo a la necesidad.

A la mierda Beatriz, a la mierda los cuentos, a la mierda con todo. De súbito, quise que ya fuese de noche, quise comer y beber y joder hasta morirme, porque sabía que sin la juega de esa noche, sin la posibilidad de tirarme un coño risueño como el de Elena, sería incapaz de sobrevivir a la agonía del verano. Fijé mi atención en su espalda desnuda, y sus hom-

bros al aire me hicieron pensar en sus brazos alzados al quitarse la camiseta, la camiseta afuera me condujo a su no-sujetador, y de ahí aterricé en la espiral de sus pezones... Sí, Elena me gustaba, y la noche prometía unos buenos lomos de rape y luminosas carnes de ninfa, una de esas noches esponjosas, de cuerpos jóvenes y tanto futuro que uno se podía morir sin preocupación porque al día siguiente amanecería en el suave lecho de una casa cualquiera.

Me puse a pensar en el futuro, que se desplegó como una cola abierta de pavo real. Pensé en que Elena había conseguido que me quedara, en que pasaríamos el verano juntos, y en que acabaríamos follando en alguna playa, o no, en que acabaríamos en su casa, o no, en que acabaríamos en la mía. Pensé en que escribiríamos un corto, y en que lo rodaríamos al final del verano, y en que, para entonces, Beatriz ya no formaría parte de mi vida. Me vi convertido en el hombre de Elena, henchido de éxito por el triunfo del corto, envidiado por mis compañeros, admirado por mis jefes. Pensé en el prestigio, en el prestigio que gozaban los posos del café o las rayas de la mano para predecir el porvenir, en por qué no existía arúspice capaz de leer los aires de unas fabes, y en que quizá esa fabada, si supiera leerla, guardaría como un tesoro la clave que desentrañaría mi futuro. El aire olía a morcilla, a plenitud grasienta y conciencias ahítas de todo. Mi fabada revoloteaba en el ambiente, pero nadie parecía percibirlo. ¿Qué nos depararía el futuro, Elena? ¿Eras tú el amor verdadero? ¿Era esto un guiño del destino para que ligáramos nuestras almas para siempre?

Entonces sonó el móvil. Al descolgar, me vino otro eructo, este más ácido y difícil de controlar, que me trasladó al escenario de un vómito infantil. El golpe del estómago me abrasó la garganta, y me impidió responder inmediatamente al llamamiento desde el otro lado: ¿Andrés? Tragué saliva para poder hablar. ¿Andrés? No era Bea la que hablaba, era la Madre. Seguramente la estarían viendo los médicos y no podía hablar,

y Bea le dijo que me llamara para decirme que todo iba bien. Sin embargo la voz de la Madre era tensa, crispada, y a la tercera vez que mencionó mi nombre, *¿Andrés?*, un amago de llanto rasgó su tono. *Sí, soy yo, ¿cómo está Beatriz? Andrés, se la han llevado corriendo... no sabemos qué tiene, pero está muy mal... nos han dicho que su estado es crítico... ¿vas a venir?*

[1.4]

Al colgar me sobrevino un sereno arrebato que me sorprendió por su intensidad. Apagué el ordenador, recogí mis cosas sin sobresaltos, y salí por la puerta de la oficina. Elena me miró, y aun sin saber el contenido de la conversación telefónica, fue incapaz de decir nada. Ni irónico, ni cordial, ni estúpido. Nada. En casa había una lavadora sin tender. Dejé el tupper de la fabada junto a los platos sin fregar de la noche anterior, y cogí un par de camisetas y calzoncillos para el fin de semana. La carretera apenas tenía tráfico y en el cielo se elevaba un sol perfecto, a la distancia justa para que el aire entrara por la ventanilla a 23 grados centígrados.

De las palabras de llanto de la madre se podía inferir cualquier cosa, pero por lo poco que sabía de ella, su voz de piano cayendo por una ladera bien podía ser una actuación exagerada. Si algo le había pasado a Bea, había sucedido en el hospital. Ahora estaría recuperándose, o definitivamente bien, y no tenía sentido ir deprisa, ahorrar segundos en los peajes, o aguantar las ganas de hacer pis. Acompasé mi velocidad a la de la circulación, y en la primera gasolinera que encontré, a la salida de Mieres, paré a repostar y a echar el pis que las prisas en casa me habían censurado. El aseo de hombres era de expresión mínima, apenas una taza de porcelana blanca, sin cisterna ni corona de plástico para sentarse. Olía a lejía. El pis percutió contra la porcelana. Sentí la brisa que entraba por la

puerta, el olor del verano que se entremezclaba con el de la lejía como el diálogo absurdo entre un bebé y un drogadicto. Me quedé unos segundos detenido, con el aire penetrándome. Se estaba bien. Ahí dentro reinaban el orden y la pureza.

Pagué el depósito de 95 octanos y arranqué el coche. Dejé a mi espalda Mieres y me adentré entre las montañas. La carretera se fue inclinando poco a poco, hasta que el coche ya no pudo en quinta. Eran los primeros kilómetros del camino a Madrid, los mismos primeros kilómetros que había recorrido una decena de veces durante los últimos meses. Hasta ese día, Asturias había sido un espejismo de niebla y esplendor esmeralda tras los cristales, una melancolía de felicidad de otro tiempo. Pero el 27 de junio hacía sol. Y a pesar del sol, un temblor seguía recorriendo mi cuerpo. La carretera exploraba el valle, cada vez más alto, hasta que frente a mí sólo quedó la mole granítica del Negrón, y el túnel.

Por primera vez desde que colgué el teléfono, me di cuenta de que Beatriz podía haber muerto, y entonces acudió el horror. Ignoto, infranqueable. No era un horror a la muerte. No era un horror a la soledad, al devenir más duro de la rutina. Era un horror a la verdad, a la palpitación sincera de mi corazón. A mí mismo. Porque lo que me producía pánico era que fuese incapaz de llorar, que la escena que me aguardaba en el Doce de Octubre me hablara con el grito de un sordomudo, que el cuerpo inerte de Beatriz no me procurara más que una sensación de fría desolación, un hálito de ausencia.

¿Y si realmente no quería a Beatriz? En cualquier calle, el metro ochenta y la figura de Beatriz llamaban la atención sin necesidad de adorno. Beatriz era demasiado guapa, demasiado alta, demasiada mujer, una diosa que no sólo no necesitaba esforzarse para encandilar a los demás, sino que procuraba, bajo una apariencia risueña e inocente, aplacar su sexualidad e introducirla en una pequeña píldora de plomo, para protegerse del Mundo y al Mundo de sí misma. Beatriz

tenía un rostro generoso, de boca feliz y perfecta, y unos enormes ojos capaces de decir más cosas con un guiño o una mirada de soslayo que tres generaciones de hombres. Beatriz era superficie luminosa, y el Mundo que la rodeaba, deseo, un deseo feroz e insolente que se extendía a cada parte de su ser: a sus ojos, a su vientre, a su espalda, a sus pechos, a sus labios, y por encima de todo, a la luminosa esfericidad de su culo. Como el de Brigitte Bardot en Malaparte, el culo de Beatriz era un culo para amar. Escuelto y brillante, sin estridencias ni contoneos, un culo franco, hermoso, honesto, sin intención ni voluntad de pasarela. Un culo para meter la mano y encontrar un sexo húmedo y sonriente, un culo que se deseaba desde que aparecía al final del pasillo, de frente, y uno esperaba que pasara por delante y saludara, para poder fijar su mirada en él. Su culo era todos los culos del mundo, un culo que albergaba la vía láctea entera, la leónida que anida en el jardín de las delicias, que despierta el sueño dormido de la espuma y desparrama el sudor de los amantes.

Llevábamos saliendo casi dos años, y durante este tiempo su fe me salvó de las tormentas de mi ánimo. Gracias a ella, logré salir incólume de esos días interminables en los que sentía cómo la silla de Luz y Ferro me iba atrapando como una planta carnívora. Días en los que todo lo que hacía era inútil y feo. Beatriz me salvó de Luz y Ferro y me salvó de mí, y sin embargo, había una fuerza ignota que me expulsaba de su esfera y me hacía verla tan ajena como una bola de discoteca en el ábside de una catedral. Cuando conocí a Beatriz no me gustaba. En realidad, decir que no me gustaba es como decir que no me gustaban las Meninas de Velázquez o el Réquiem de Mozart. Su belleza estaba al margen de cualquier criterio estético: era como un cuadro del Bosco, como la Sainte Chapelle. No. Cuando la conocí, pasaba que yo era ciego. Ciego a su belleza. Ciego a la belleza del Mundo.

